

## Discurso de investidura (Alcalá, 8/11/2012)

Considero un gran honor y un gran privilegio el recibir la nominación de Doctor Honoris Causa de esta distinguida universidad, cuyo propio nombre evoca algunos de los capítulos más gloriosos de la historia de España. Es todavía más gratificante el hecho de que la ceremonia se lleve a cabo en el día que la Universidad de Alcalá destina cada año a la celebración de la vida de su gran fundador, el cardenal Cisneros. Dudo que ninguna Universidad en el mundo tenga un espacio destinado a la celebración de tales ceremonias más bello que este Paraninfo, cuya finalización no llegó a ver el cardenal mismo. Desde el momento de su construcción causó un gran impacto. Un visitante portugués que estuvo en Alcalá de Henares durante el reinado de Carlos V escribió sobre él que Cisneros 'fundó en este colegio un edificio a modo de teatro, muy bien hecho, para que se hicieran en él actos públicos y se representasen en él comedias.'

No sé si todavía se representan comedias en este magnífico edificio, pero en una ocasión tuve yo mismo el privilegio de hablar cuando me invitaron a dar una conferencia aquí en los primeros años de la recientemente reconstituida universidad. La invitación provino del Dr José Francisco de la Peña, universalmente conocido como Quisco, al cual me gustaría rendir homenaje en esta ocasión. Fue mi ayudante de investigación durante cinco años en el Institute for Advanced Study (Instituto de Estudios Avanzados) de Princeton, donde yo era miembro de la Facultad, y entre los dos transcribimos y editamos dos volúmenes de los *Memoriales y cartas del Conde Duque de Olivares*, los cuales han sido extensamente consultados y aparecerán en una nueva edición revisada el año

próximo. Trabajamos en estrecha colaboración y la publicación de todas aquellas cartas y documentos no hubiera sido posible sin sus habilidades investigativas y su meticulosa atención al detalle. Me alegré muchísimo cuando, a su regreso de Princeton, fue nombrado Profesor de Historia Moderna en esta universidad. Se enorgullecía de su afiliación universitaria y le encantaba la ciudad de Alcalá de Henares, su ambiente y sus edificios, los cuales me mostró con orgullo. Fue él quien organizó mi conferencia en el Paraninfo y, como era propio en él, se aseguró de que estuviera adornado de manera espléndida para la ocasión. Su muerte en 1995 a la temprana edad de cincuenta años privó a la universidad de una de sus personalidades más pintorescas. Dejó atrás a una gran cantidad de amigos que continúan añorando su elegante presencia y su generoso espíritu.

La generosidad era una de las destacadas características del fundador de la universidad al cual conmemoramos hoy, a pesar de que generaciones contemporáneas y sucesivas se inclinaron más a enfatizar su piedad y humildad, y lo representaran de manera justa como a un severo e incorruptible hombre de estado que guió con éxito su país en tiempos de profunda agitación. Está claro que dejó una huella perdurable en la conciencia colectiva europea e impresiona ver el número de publicaciones dedicadas a su vida y carrera en los dos siglos siguientes a su muerte. En ningún lugar fue su fama mayor que en la Francia del siglo diecisiete, que también estaba gobernada por un clérigo convertido en hombre de estado: el cardenal Richelieu. Al escribir un estudio comparativo de Richelieu y su fracasado rival, Olivares, me llamó mucho la atención la manera en que los contemporáneos se afanaban por describir a Richelieu como a otro Cisneros. El

hecho de que ambos cardenales-ministro reformistas fueran militantes clérigos hacía el paralelo aún más cercano: la victoria de Richelieu sobre los Hugonotes de La Rochelle evocaba el triunfo de Cisneros en la conquista de Orán.

Las distintas épocas juzgan a las figuras del pasado en función de sus propias actitudes y preocupaciones, y los clérigos militantes no son exactamente del gusto de nuestra época. Las tácticas empleadas por Cisneros contra las poblaciones moras del reino conquistado de Granada tampoco son del agrado de las sensibilidades modernas, las cuales están más en armonía con el enfoque más moderado y conciliador adoptado por el arzobispo de Granada, fray Hernando de Talavera. En su contribución a la historia reciente de esta universidad, mi padrino el Dr Jaime Contreras ha establecido un breve pero fidedigno contraste entre las políticas de los dos arzobispos relacionadas con la conversión de los pueblos no cristianos de la península, y ha mostrado cómo su formación espiritual y sus personalidades divergentes moldearon sus carreras y enfoques opuestos. Su ajustado relato revela a un Cisneros con una compleja personalidad, cuyas actitudes hacia aquellos que profesan diferentes confesiones están muy lejos de las que prevalecen hoy en día, aunque los problemas de convivencia religiosa y cultural continúan siendo tan reales y divisorios en el mundo moderno como lo eran en la España del siglo XV.

Esta misma continuidad podría ayudarnos a entender su conducta y sus opiniones al respecto, aunque no necesariamente a simpatizar con ellas, pues constituyen el aspecto más polémico de una extraordinaria carrera.

Al considerar, más de medio milenio más tarde, las actividades de la Inquisición, la expulsión de los judíos y la conversión masiva de los moros, es importante recordar que la imagen europea de la España de la época de Cisneros era la de una tierra de malas razas y dudosa ortodoxia. Hoy en día, no solo aceptamos, sino que también celebramos la diversidad como fuente potencial de enriquecimiento de nuestras vidas. Sin embargo, en la cristiandad de los siglos XV y XVI, la diversidad se percibía como una amenaza al orden humano, que debía aproximarse lo máximo posible a lo divino. La unidad era el prerrequisito y, en un continente amenazado desde el interior por todo tipo de inestabilidad y desde el exterior por el aparentemente inexorable avance del Islam, no podía haber esperanza de unidad sin el ejercicio firme de la autoridad por parte de los poderes ordenados de Dios.

Este era el mundo en el que Cisneros vivía, y cuyos prejuicios y creencias compartía. Con una ferviente devoción por su fe y por la nueva Monarquía fundada por los representantes de Dios en la tierra, los reyes Católicos, se dedicó a purgar su país de sus males, empezando por aquellos que aquejaban a su iglesia. De modales autoritarios e impaciente con los obstáculos que se presentaban en su camino, no es, a primera vista, el tipo de figura susceptible de agradar en una época como la nuestra, en la que la gente exige liderazgo al mismo tiempo que desconfía y denuncia su ejercicio. Pero existe otra faceta, más atractiva, de la polifacética personalidad del cardenal: la generosidad a la cual ya he aludido. Esta generosidad era, por supuesto, financiera en parte, pero la generosidad financiera era la consecuencia natural de algo mucho más importante, la generosidad de visión.

Este hombre, cuya conducta parece en apariencia tan rígida e indomable, era en la práctica mucho más flexible en lo que a las cuestiones de la mente se refiere.

La universidad que fundó y el currículo que concibió para ella dan testimonio de la flexibilidad intelectual de Cisneros, y de su relativa apertura al mundo de las ideas. La Teología era, y continuaba siendo, la reina de las ciencias, pero iba a ser una teología revitalizada por el estudio directo de la Biblia. Tampoco iba a ser una teología limitada a una única escuela de pensamiento, como lo era en la universidad de Salamanca donde él mismo había sido educado. Estaba dispuesto a adoptar enfoques alternativos en la búsqueda de la verdad absoluta. Las artes liberales, la gramática y la lengua, eran instrumentos esenciales para preparar este viaje espiritual. Eran necesarios también para preparar a futuras generaciones para una vida de servicio a Dios, la iglesia y la corona. Consideraba más importante aprender filosofía que derecho, y no le interesaba crear más juristas – ya había suficientes en Castilla. Por otro lado, a la república le venían bien más médicos, y así habría dos cátedras de medicina en su nueva fundación. La suya era una visión reformista práctica, y revela hasta qué punto había asimilado las aspiraciones humanistas de la época. Pero, como el de tantos de sus más distinguidos contemporáneos de todo el continente, el suyo era un humanismo esencialmente cristiano, que permitiría a los seres humanos desarrollar todo su potencial en vidas de estudio, contemplación y servicio a la iglesia y la comunidad del reino, y, a través del servicio, acercarse a Dios.

Se miren como se miren, los resultados institucionales de esta iniciativa fueron excepcionales. Desde el momento de su fundación Alcalá demostró ser una

universidad dinámica, cuyas innovaciones, en una lección que es todavía relevante para el mundo de las universidades de hoy, obligó a instituciones más antiguas a cambiar sus costumbres. Salamanca, por ejemplo, respondió a la competencia fundando tres nuevas cátedras que seguían las innovadoras líneas establecidas en Alcalá. Cisneros también iba en busca de profesores de calidad que establecieran los altos estándares intelectuales que quería que su fundación alcanzara, y al contratar nada menos que a Antonio de Nebrija en su facultad, consiguió un logro que sería la envidia de cualquier rector en nuestros días.

La claridad de visión y la firmeza de propósitos con las que perseguía su ambición confirieron al conjunto de su iniciativa en Alcalá una coherencia fuera de lo común en aquellos tiempos. Prestó especial atención a su estructuración institucional, e introdujo una importante innovación al convertir el Colegio de San Ildefonso en el centro institucional de la vida universitaria. Puso un enorme empeño en embellecer la universidad y la ciudad con los hermosos edificios de los que todavía disfrutamos, y los cuales, con su combinación de estilos Gótico, Mudéjar y Renacentista, constituyen un testimonio más de aquella apertura a influencias contemporáneas que moldearon de igual manera su programa educativo. Estas influencias, en ocasiones opuestas y contradictorias, se iban a armonizar formando una unidad que permitiría a su ciudad de la educación imitar en la tierra, aunque fuera a cierta distancia, la ciudad más bella de todas, la ciudad de Dios. Por último, el establecimiento de una imprenta en 1511 hizo posible la realización de su gran proyecto de recuperar la palabra de Dios en su forma más pura, con la publicación de la Biblia Políglota Complutense.

Este fue un acto característico de mecenazgo progresista. El cardenal invirtió una parte considerable de su fortuna con el fin de cumplir con los requisitos necesarios para producir este monumental trabajo a lo más alto nivel. Esto implicaba la adquisición de valiosos manuscritos, el mantenimiento de un grupo de académicos que empezaron a trabajar en el proyecto desde principios del siglo, y el sustento de un impresor y una imprenta que imprimirían, además de espléndidos libros de cánticos para su catedral en Toledo, el griego y otros textos clásicos que permitirían a Alcalá realzar su misión de promoción de la nueva educación por toda la península.

Fundando una universidad con un nuevo estilo, esforzándose por elevar los niveles morales e intelectuales del clero español, y promoviendo la nueva educación, el cardenal demostró que era consciente de la necesidad de adaptarse a un mundo cambiante y de progresar con los nuevos tiempos. Al reflexionar sobre su trabajo estamos obligados a preguntarnos hasta qué punto tuvo éxito. La reforma de la iglesia resultó ser mucho más difícil y ardua de lo que había previsto, pero sus esfuerzos, a pesar de oponerse a fuertes resistencias, establecieron los cimientos de lo que sería un prolongado proceso de reforma religiosa. En esta, como en muchas otras obras, no podría haber logrado tanto como lo hizo sin el firme apoyo de sus monarcas. La inquebrantable colaboración de la corte fue igualmente crítica a la hora de ayudarlo en sus esfuerzos por fomentar la nueva educación, y por promover un reconocimiento entre la élite de que las letras eran tan importantes como las armas en la formación de una clase dirigente.

¿Y qué pasó con su universidad? Sufrió numerosas convulsiones debido a

serias divisiones internas en los años que siguieron a la muerte de su fundador, pero tal y como el cardenal había planeado, continuó a lo largo del siglo XVI para proveer, tanto a la iglesia como al estado, de una sucesión de líderes. El Colegio Trilingüe ofrecía una valiosa instrucción especializada en latín, griego y hebreo, y entre las eminentes figuras intelectuales educadas en Alcalá estuvo el gran historiador y pensador político Juan de Mariana. Pero durante el siglo XVII, Alcalá, que, contra la voluntad de su fundador, había añadido la instrucción en derecho al currículo, entró en declive. Enfrentada a una creciente competencia con otras instituciones educativas, participó en aquel declive general de la vida universitaria europea que mi antiguo alumno Richard Kagan ha descrito sobre el caso de España. En España como en otros lugares, las universidades se habían convertido en guardianes privilegiados del statu quo, con una superproducción de estudiantes en materias en las que las perspectivas de empleo eran limitadas, e ignorando los nuevos métodos e ideas. Dadas las elevadas expectativas que acompañaron a su fundación, el declive de Alcalá fue particularmente trágico y brutal, y culminó con su transferencia a Madrid en 1836 y el deterioro de los edificios con los que su fundador la había embellecido.

Pero afortunadamente, tal y como todos sabemos, este no es el final de la historia. Hoy en día, después de un largo lapso de tiempo, España vuelve a tener una Universidad de Alcalá, una nueva universidad surgida de las cenizas de la antigua. Esta combinación de nuevo y antiguo le da, a mi modo de ver, una posición única en el mundo de la universidad, y, con ella, obligaciones únicas y posibilidades únicas. Puede sacar provecho de su larga y distinguida tradición,

pero sin el tipo de esclavitud hacia costumbres y métodos antiguos que a menudo trae consigo la tradición. A través de la innovación, siempre que esta sea conveniente, se mantiene fiel al espíritu de su fundador, el cual, tal y como ya he sugerido, era perfectamente consciente de la necesidad de avanzar con los tiempos. La voluntad de adaptarse e innovar fue el sello distintivo de la vida y la carrera de Cisneros, y me satisface que aquellos que han restablecido su universidad se hayan mostrado tan conscientes de este valioso legado.

Como historiador que ha tenido un especial interés en la historia del arte y la arquitectura, me impresiona particularmente que aquellos que se encargaron de volver a fundar la universidad se dieran cuenta desde el principio de que el legado del cardenal hacia futuras generaciones no se podría recuperar sin restaurar la estructura física de la universidad, además de recuperar su alma. Para él los edificios y lo que es ahora el viejo recinto de Alcalá formaban parte integral de la iniciativa. Uno a uno, los edificios, muchos de ellos en un triste estado de deterioro o ruina, han sido restaurados por la universidad con el apoyo de diferentes Ministerios en un proceso de colaboración que, sin duda, tuvo sus dificultades pero que honra a todos aquellos concernidos. En mi propio país antiguas y distinguidas universidades han demolido demasiado a menudo edificios importantes para dejar lugar a otras construcciones erigidas especialmente con poca o ninguna calidad arquitectural. Esta universidad ha demostrado que la conservación del pasado no es automáticamente un obstáculo para la construcción del futuro, y el hecho de que en 1998 la Unesco declarara a la universidad en su conjunto como Patrimonio de la Humanidad es una triunfante evidencia del valor y

el éxito de sus esfuerzos.

Estos son tiempos difíciles para las instituciones de educación superior, no solo en este país sino también en todo el continente. Los gobiernos de todas partes están intentando imponer sus propios planes a las universidades, utilizando la economía, el rendimiento y la utilidad social como sus criterios de evaluación. Con demasiada frecuencia el resultado es el sacrificio de la calidad académica en favor de la consecución de fines a corto plazo. Puesto que los administradores tienen preferencia sobre los catedráticos y los estratos de la burocracia se multiplican, los costes incrementan y se reprime la iniciativa. En el mundo de hoy las estadísticas gozan de un puesto de honor y si algo no se puede medir estadísticamente ya no cuenta.

Es vital para el futuro de la educación superior y, en términos más generales, para la vida de la mente en su conjunto, el resistir a estas perniciosas modas. Han tenido un efecto particularmente nocivo en mi propia área de interés, las Humanidades. En todas partes las Humanidades se encuentran en peligro, puesto que los gobiernos anteponen la cantidad a la calidad, y cuestionan la necesidad de la investigación que no cumpla con sus propios inflexibles criterios de beneficio social. ¿Qué gobierno subvencionaría la compilación e impresión de la Biblia Políglota Complutense? ¿Cuál sería, después de todo, la rentabilidad sobre la inversión de una iniciativa tan cara y tan a largo plazo? Quizás solo la naturaleza colaborativa del proyecto pueda permitir que la solicitud de financiación pase la primera fase de la competición. Pero este es también un criterio contemporáneo que merece un escrutinio riguroso. En sus esfuerzos por obtener

dinero público, hoy en día las universidades se ven forzadas a dedicar enormes cantidades de tiempo y energía a idear proyectos colaborativos ingeniosos que esperan que resulten atractivos a las autoridades, pero que puede que tengan escaso valor académico. La colaboración tiene su lugar en las Humanidades, tal y como lo tiene en las ciencias, pero no se debería apoyar a expensas del académico con un tema de investigación que pueda no estar en boga en la actualidad pero que pueda abrir ventanas a mundos por descubrir.

La excelencia, no la moda, es el único criterio apropiado para la evaluación en el mundo de la erudición, y los académicos, no los gobiernos, deberían ser los jueces de lo que constituye excelencia. Por lo tanto, es esencial que las universidades luchen y continúen luchando por su independencia contra interferencias gubernamentales. Pero solo pueden hacerlo con cierta esperanza de éxito si primero se aseguran de que han puesto en orden sus propios asuntos. Nepotismo, interés personal, estrechez de miras, han sido siempre una amenaza para la integridad académica y los altos estándares que la vida universitaria debería alcanzar, y donde existen, proporcionan a los gobiernos una tentación y una excusa para intervenir. Ambos peligros, el declive interno y la intervención externa, solo se pueden combatir con un empeño continuado por reformar e innovar, aferrándose a la excelencia y valorando lo mejor del pasado. El cardenal Cisneros hizo alarde de este tesón en toda su grandeza en sus días, y aquellos que han tenido el coraje de reavivar su noble sueño lo han demostrado igualmente en los nuestros. Es por esta razón que me enorgullece particularmente el honor que me han concedido de manera tan generosa hoy al admitirme en el Claustro de esta nueva antigua

universidad.